

CALIXTO III.

Este anti-papa, del que no sabemos pormenores, se arrepintió en Benevento, reconciliado con la Iglesia en 1178; y por último los cismáticos nombraron otro que se llamó

INOCENCIO III.

Este, que fué el último de los anti-papas que tanta tribulación causaron á Alejandro III, hizo penitencia á su pesar en el monasterio de la Cava.

Alejandro, que tuvo que luchar con tantos rivales. gobernó santamente la Iglesia veinte y un años, once meses y veinte y tres dias, falleciendo en Civita Castellana el 30 de Agosto de 1181.

Hemos terminado el relato de los cismas habidos hasta la terminacion del siglo xu.

SIGLO DÉCIMO TERCERO.

INTRODUCCION.

I.

Grandezas de la perpetuidad de la Iglesia.

En el siglo cuyos errores nos cumple explicar al presente, no habia aun venido el hermoso periodo de paz anhelado por todos los hombres de buena voluntad, y que tan necesario era así para el esplendor de la santa religion como para el sosiego y la tranquilidad de los Estados. Por todas partes se observan luchas intestinas, trastornos, y el ángel de la guerra cierne sus negras alas tanto en los pueblos de Oriente como en los de Occidente. La barca misteriosa de Pedro parecia zozobrar entre las encrespadas olas del enfurecido mar de heréticas doctrinas por una parte, y por otra de los grandes esfuerzos hechos por poderosos enemigos. Empero, cuando en los tres siglos de su infancia todo el poder de los emperadores romanos no fué suficiente para

conmover la piedra robusta sobre la cual se cimentó la hija del cielo, ningún temor podían abrigar los fieles por cuantas persecuciones y contrariedades se presentaran en lo sucesivo. Ella continúa su marcha majestuosa, sin que haya fuerza humana capaz de detenerla en su camino. Caen los poderes de la tierra, desaparecen las grandezas mundanas, se bambolean los tronos; aquellos campeones que dominaron el mundo concluyen sus días unos en el destierro privados de cuanto antes poseyeron, y otros víctimas de la ingratitud de los mismos á quienes pródigamente favorecieron, y en tanto la Iglesia, coronada de triunfos y laureles, mira tranquila esos grandes acontecimientos que consumen las sociedades humanas, sin perder ella una sola línea de su grandeza. ¡Una cosa es la obra de Dios y otras son las obras de los hombres! ¡Quién puede dudarle! La obra de Jesucristo está marcada con el sello de la Divinidad. Decía un hombre ilustre, que el tiempo es el mayor enemigo de todos los poderes. Y decía muy bien: la historia de la humanidad, la de los grandes imperios, la de esos hombres que admiraron al mundo por la grandeza de sus hechos y la heroicidad de sus acciones; la de esos célebres conquistadores cuyos nombres trasmite la historia de una á otra generación, todo nos revela la verdad de aquellas frases: «El tiempo es el mayor enemigo de todos los poderes.»

En confirmación de la verdad sentada, recordamos dos hechos que están en la memoria de todos porque pertenecen al siglo en que vivimos, á este siglo en que todo es grande ó al ménos parece serlo: á este siglo de progreso y de civilización, en el que á pesar de estas grandes ventajas no han

terminado las guerras ni los trastornos públicos que hacen desaparecer los imperios, que trastornan los Estados y que siembran por doquier la desolación y la muerte; de este siglo en el que las tumbas se hallan siempre abiertas esperando la muchedumbre de víctimas producidas por la ambición y soberbia, por el deseo de mando y de dominación.

Los hechos á que nos referimos son el poderío de dos grandes Napoleones, si bien tal vez con razón la historia llama al primero el *grande*, y al otro el pueblo, que pocas veces se equivoca en sus dictados, le apellida el *pequeño*. Napoleón primero llegó al colmo de la grandeza; sus ejércitos penetraron por todas partes; las águilas imperiales extendían su vuelo llenando de temor á los pueblos y naciones. ¿Quién era capaz de contrarrestar al capitán del siglo? ¿No contaba sus triunfos por el número de sus batallas?... ¿Y quién fué su mayor enemigo? El tiempo... Este le despojó de toda su grandeza, le arrebató el trono, le dejó sin soldados, y le llevó á morir en la solitaria roca de Santa Elena. Creemos haber ya hablado de este hombre célebre en algún otro lugar de esta obra, empero ahora nos es preciso recordarlo como prueba de lo que hemos dicho. El otro ejemplo es su sobrino. Hace aun pocos años Napoleón III era reputado como el árbitro de la Europa: todas las miradas se fijaban en la capital del imperio francés. Una palabra salida de los labios del César era transmitida velozmente por el telégrafo á todas las naciones. Sin embargo, tuvo un enemigo poderoso contra el que nada pudo. Este enemigo fué el tiempo, que le despojó de toda su grandeza, y que

prisionero de otro monarca fué á terminar su existencia á pais extranjero. Basta.

¿Y no ha habido quien vengza á ese enemigo formidable, á ese gran enemigo de todos los poderes humanos? Solo Jesucristo. Su obra magnífica, la Iglesia nos lo dice en su admirable perpetuidad con voz muda, pero elocuente.

Óigase la reflexión de un sabio: «¿Por qué el tiempo es el mayor enemigo de todas las cosas? ¿Por qué se halla dotado de una doble potencia, la de destruir y la de edificar? ¿Quién echó por tierra aquellos primeros imperios de la Asiria y de la Caldea? El tiempo. ¿Quién echó por tierra el imperio de Ciro, restaurado en vano por Alejandro? El tiempo. ¿Quién echó por tierra aquel imperio formado de la ruina de todos los demás, y que con propiedad puede llamarse mundo y no imperio? ¿Quién echó por tierra el mundo romano? El tiempo. ¿Quién echó por tierra todas las repúblicas de la Edad Media cuyos restos admiramos en los mármoles y en las pinturas que á ellas han sobrevivido? El tiempo. Y por otra parte, ¿quién ha levantado esos nuevos reinos de que somos hijos, los reinos de los francos, de los germanos, de los anglo-sajones, etc.? La mano hábil en reedificar despues de haber destruido, y que del polvo en que se ha gozado con orgullo saca la sustancia, el órden y la solidez. El tiempo destruye con la mano izquierda y edifica con la diestra; pero en ambos casos se muestra enemigo de sus obras, porque el edificio que levanta echa nueva capa de tierra sobre el que ha destruido, y porque una nueva construcción para él consiste siempre en destruir otra anterior (1).»

(1) Lacordaire: Serm. en 1835.

¿Y por qué el tiempo nada ha podido, nada puede contra la obra de Jesucristo? Repitamos unas frases evangélicas, ya citadas en otro discurso de introduccion, pero frases que encierran un mundo de ideas. «El cielo y la tierra pasarán, dijo Jesucristo, pero mis palabras no pasarán.» Medítelas el incrédulo, y caerá de sus ojos la venda que le impide ver la luz. Y los que hemos tenido la suerte de nacer en el seno de la religion salvadora, los que estamos en posesion de la verdad, los que vivimos alumbrados por la resplandeciente antorcha de la fé, bendigamos al Señor que benignamente nos ha colocado en las hermosas sendas de la salvacion, refugiándonos dentro del arca misteriosa de la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion.

II.

Estado político del mundo en el siglo décimo tercero.

Decíamos al comienzo de esta introduccion que al llegar el siglo xiii el mundo no disfrutaba de paz, y que por el contrario el ángel de la discordia cernía sus negras alas sobre la familia humana. Los pueblos del Oriente estaban en guerras continuas. Alejo, emperador de Constantinopla, cayó bajo el puñal asesino de Juan Ducas: los príncipes de Occidente se apoderaron de aquella capital hácia la mitad del siglo, y sostuvieron una guerra continua y sangrienta con los turcos, que se apoderaron de una parte de los Estados del imperio.

En cuanto á la Alemania tampoco se disfrutaba en ella de paz, pues se hallaba dividida por los diversos principes que pretendian el imperio. Othon fué al fin reconocido y coronado por el papa Inocencio III, en cuyas manos prestó juramento de proteger el patrimonio de san Pedro.

Disgustado el emperador de los romanos, hizo muchos destrozos, cometiendo tropelias indignas de un monarca. El papa Inocencio III en 1210 reunió un concilio, en el cual depuso y excomulgó al emperador Othon, tanto por haberse apoderado de las tierras de la Iglesia romana como por haber querido usurpar el reino de Sicilia. Varios principes de Alemania eligieron á Federico. Othon fué abandonado por la mayoría de los señores, que es justamente lo que sucede siempre á los principes cuando están en desgracia, tanto si han sido benéficos para sus pueblos como si han gobernado con cetro de hierro. Poco tiempo despues murió Othon, y Federico quedó poseedor del imperio. Hizo voto de ir á la Tierra Santa, é hizo donaciones de tierras á la Iglesia romana. A los condes de Toscana, que se habian refugiado en Roma, les despojó de sus tierras. Más tarde se indispuso con el papa, y quiso echar de sus sillas á varios obispos que aquel habia nombrado para diversas ciudades de Italia. Esto produjo resultados fatales. El papa le excomulgó, ordenó que se hiciera una liga en Italia contra Federico, reunió un concilio, y pronunció contra aquel una sentencia de deposicion. Más tarde excomulgó á Conrado, que habia sido elegido por una parte de la Alemania despues de la muerte de Federico, le quitó el reino de Sicilia, y lo dió á Eduardo, hijo del rey de Inglaterra. Las grandes

turbulencias de Alemania no terminaron sino por la eleccion de Rodolfo, conde de Hapsburgo.

¿Y fueron por ventura más dichosas Francia é Inglaterra? ¿Disfrutaron de más tranquilidad? Una gran parte de las provincias de la Francia se vió desolada por las guerras de los cruzados contra los albigenses: y en cuanto á Inglaterra se vió en este siglo al jefe de la Iglesia dar y quitar la corona, y hasta levantar el juramento de fidelidad de los vasallos al monarca, terrible severidad á que le obligaban las circunstancias, y hasta los deberes de conciencia.

España era más feliz. A mediados del siglo XIII el trono de Castilla era ocupado por san Fernando, en tanto que en Aragon reinaba don Jaime el *Conquistador*, cuyas virtudes eran muy semejantes á las del monarca de Castilla. El valor era cualidad que resplandecia tambien en ambos. ¡Dichosos los pueblos que son gobernados por soberanos tan justos! «Las iglesias, los establecimientos literarios y la legislacion, dice el señor La Fuente, deben al uno y al otro inapreciables tesoros, y á sus espadas las conquistas de Córdoba, Sevilla y Jaen, de Valencia, Mallorca y Murcia. De esta manera aquel periodo, que principia con las conquistas de Toledo y Huesca, acaba con las de Sevilla y Valencia. La historia de las dos grandes razas de España se refunde desde esta época en Aragon y Castilla, y su desarrollo y principales eventos marchan con cierta especie de uniformidad y noble emulacion.»

No queremos privar á nuestros lectores del gusto que tendrán en leer la continuacion de este trozo de historia, escrito por tan bien cortada pluma.

«El interés que la religion tenia en que España sacudiera el yugo musulman nos obliga á fijar las épocas por los pasos de la reconquista. La historia eclesiástica general puede fijar ciertos hechos meramente religiosos para marcar las épocas, pero la particular de una Iglesia no puede ménos de participar algo del colorido político y civil del país, y de calcular su cronología y sus épocas por los reyes. Mas ¿quién no se complacerá en ver figurar como términos de una época eclesiástica un rey tan santo como Fernando III, y otro tan poético y valeroso como Jaime I de Aragon? La Iglesia de España debe á su respectivo valor las dos grandes iglesias metropolitanas de Sevilla y Valencia y la libertad de sus provincias eclesiásticas.

»Aun así esta época, en que entramos, tiene un colorido particular, que ni en lo religioso ni literario, jurídico ni político, permite confundirla con la que precede, ni la que le sigue. La disciplina eclesiástica y la legislación tienen durante ella su periodo de transición. Aun no ha desaparecido del todo la influencia de la disciplina goda, y los concilios nacionales y provinciales continúan reuniéndose y dando *nomocánones*; pero ya los presiden los legados de la Santa Sede, y las continuas epístolas pontificias van modificando paulatinamente la antigua disciplina; al par que los reyes con sus fueros, privilegios y cartas pueblas van reformando parcialmente la legislación visigoda, y atemperándola á las necesidades presentes.

»Mas al fin de esta época el derecho de decretales, refundido por un Santo español, triunfa definitivamente en las iglesias y en las aulas, y el hijo de san Fernando inocula

su espíritu en las *leyes de Partida*, como don Jaime el Conquistador en los *fueros* de Aragon.

»La influencia, pues, de la Santa Sede en toda Europa, que describe Alzog durante esta época (1073-1303) como *apogeo del poder pontificio*, lo es igualmente en España, que ya desde fines del siglo XII marcha en completa intimidad con la Santa Sede (1).»

España ha sido siempre una nación visiblemente protegida por la Providencia. Dios en sus altos juicios permitió la invasión sarracena, pero no dejó de proteger á los cristianos, y suscitó grandes monarcas y esforzados capitanes que limpiasen nuestra patria de la chusma agarena, para que nuevamente apareciese en la tierra, heredad predilecta de la Madre de Dios, con todo su esplendor, la fé que nos trajo el apóstol Santiago. Debemos mirar como una especial providencia el que en ningún tiempo las herejías hayan podido arraigarse entre nosotros, ni en los días en que el espíritu revolucionario abrió los puntos de la España á todos los errores.

Continuemos nuestro relato.

En cuanto al Occidente no era otra cosa que un teatro de discordias y de desgracias: los hombres se acusaban unos á otros y por todas partes no se veía otra cosa que crueldades inauditas. Los ejércitos de los mogoles, de los hunos, de los tártaros y de otros pueblos produjeron grandes disoluciones.

(1) La Fuente: Hist. de la Igl. de España.

III.

De las herejías durante el mismo siglo.

Los albigenses seguían llenando las provincias meridionales de la Francia. La cruzada que el papa hizo predicar contra aquellos sectarios, llenó el país de extranjeros que eran conducidos por los arzobispos y obispos, viniendo á convertirse aquellas provincias en teatro de una guerra cruel. Los soberanos que protegían á los albigenses fueron despojados de sus dominios; muchas ciudades fueron entregadas al fuego y sus habitantes pasados á cuchillo. Fué necesario para terminar aquella herejía el restablecimiento de la Inquisición.

No insistiremos más sobre este punto que ya hemos tratado detenidamente en la introducción al siglo xii y en el artículo *Albigenses*.

Empero no dejaremos de notar que todo el rigor desplegado por los inquisidores que recorrieron las provincias para buscar á los herejes y exterminarlos, no fué suficiente para concluir con los sectarios. En el siglo xiii se resucitaron todas las antiguas herejías, apareciendo multitud de jefes que se ocupaban en predicar los más crasos errores y en aumentar las filas de sus partidarios. Y lo hicieron con tanto celo que la fé cristiana hubiese concluido para siempre, si las obras de Dios estuviesen sujetas á los vaivenes de la fortuna, ó si en el poder de los humanos hubiese estado

comover lo que está sujeto en el dedo de Dios. Guillermo de Santo Amore, los fraticellos y los flagelantes, Olivario y Stadingo y Circuncelion y Raimundo de Tárraga y Arnaldo de Villanuèva y Guialdo y Marsilio, con otros muchos que sería prolijo enumerar, fueron otros tantos abortos del infierno que hicieron los más desesperados esfuerzos para arrancar de los corazones la fé católica. Empero Dios que vela por su Iglesia y para contrarrestar á los arrianos, á los nestorianos, eutiquianos y demás mónstruos que invadieron el catolicismo ganosos de sofocarle, opuso los Atanasios, Justinos, Ireneos, Jerónimos, Crisóstomos, Agustinos que supieron echar por tierra aquellos colosos del error, no deja de suscitar también en el siglo xiii pasmos de elocuencia que, como san Antonio de Padua, combatan y desenmascaren á los dogmatizantes del error, pulverizando sus miserables sofismas y haciendo aparecer en toda su claridad y esplendor el sol brillante de la fé.

Entremos ya en la exposición de las herejías del siglo xiii, dando á conocer sus autores y enseñanzas.

FLAGELANTES.

Penitentes flemáticos y furiosos que se azotaban públicamente, y que atribuían á la flagelación más virtud que á los sacramentos para quitar los pecados.

Aunque Jesucristo, los apóstoles y los mártires hayan sufrido con paciencia las flagelaciones que jueces perseguidores les hicieron padecer, no se deduce de esto que hayan

querido introducir las flagelaciones voluntarias; no hay ninguna prueba de que los primeros solitarios, aunque mortificadísimos por otro lado y excesivamente austeros, hayan hecho uso de ellas. Fleury nos dice sin embargo que Teodoreto ha citado muchos ejemplos en su historia religiosa escrita en el siglo v, *Costumbres de los cristianos*, n. 63. La regla de san Columbano que vivía á fines del siglo vi, castigó la mayor parte de las faltas de los monjes con cierto número de azotes; pero no vemos que haya recomendado las flagelaciones voluntarias como práctica ordinaria de penitencia. Lo mismo sucede con la regla de san Cesáreo de Arlés escrita el año 508, que ordena la flagelacion como una pena contra los religiosos indóciles.

Segun la opinion comun, no hay ejemplos de flagelacion voluntaria antes del siglo i; los primeros que se han distinguido en esto son san Gui ó san Guyon, abad de Pomposa, y san Popon ó Poponio, abad de Stavelle, que murió en 1048. Los monjes del Monto Casino habian adoptado esta práctica y el ayuno del viernes á imitacion del B. Pedro Damiano; su ejemplo acreditó esta devocion. Sin embargo halló opositores; Pedro Damiano escribió para justificarla. Fleury en su *Historia eclesiástica*, l. 60, n. 63, ha dado el extracto de la obra de este piadoso autor: no hay mucha exactitud ni solidez en sus razonamientos. El que adquirió mayor celebridad por las flagelaciones voluntarias fué santo Domingo, el *Mugriento*, llamado así porque llevaba siempre una camisa de mallas que no se la quitaba sino para azotarse. Su piel habia llegado á ser como la de un negro; no solo quiso expiar por esto sus pecados, sino borrar los de los demás;

Pedro Damiano era su director. Se creia entonces que veinte salterios recitados disciplinándose satisfacian por cien años de penitencia. Esta opinion, como observa Fleury, estaba muy mal fundada, y ha contribuido á la relajacion de las costumbres.

Sin embargo, dice, hay motivo para creer que Dios inspiró estas mortificaciones extraordinarias á los personajes santos que usaron de ellas, y que eran relativas á las necesidades de su siglo. Habia una generacion tan perversa y rebelde, que era necesario afectarla con objetos sensibles. Los razonamientos y las reflexiones influian muy poco en hombres ignorantes y brutales acostumbrados á la matanza y al saqueo. No hubieran hecho caso de pequeñas austeridades los que estaban criados en las fatigas de la guerra, y que llevaban siempre arneses; para conmovierlos, eran necesarias mortificaciones que pareciesen superiores á las fuerzas naturales; este aspecto ha servido para convertir á muchos grandes pecadores. (*Costumbres de los cristianos*, n. 63.) Añadamos que en aquellos tiempos desgraciados la miseria, que llegó á ser comun y habitual, endurecía los cuerpos, y daba una especie de atrocidad á todos los caracteres.

Como quiera que sea, se abusó de las flagelaciones voluntarias. Hácia el año 1260, cuando estaba desgarrada la Italia por las facciones de los güelfos y gibelinos, y era victima de todos los desórdenes, un tal Reinier, dominicano, se esforzó en predicar las flagelaciones públicas como un medio de desarmar la ira de Dios. Persuadió á muchas personas, no solo del pueblo sino de todas las clases; bien pronto se vieron en Perusa, en Roma y en toda la Italia

procesiones de *flagelantes* de todas las edades y sexos, que se castigaban cruelmente dando gritos horrorosos, y mirando al cielo con un aire feroz y atravesado, en la creencia de alcanzar misericordia para ellos y para los demás. Los primeros eran, á no dudarlo, personas inocentes y de buenas costumbres; pero bien pronto se mezclaron con ellos gentes de la hez del pueblo, de los que estaban muchos infectados de doctrinas impías y absurdas.

Para contener este frenesí religioso, los papas condenaron estas flagelaciones públicas como indecentes, y contrarias á la ley de Dios y á las buenas costumbres.

En el siglo siguiente, hácia el año 1348, cuando la peste negra y demás calamidades asolaron la Europa entera, volvió á empezar en Alemania el furor de las flagelaciones. Los que estaban apoderados de él se reunían, abandonaban su hogar, recorrían los pueblos y las aldeas, exhortaban á todo el mundo á que se azotase y daban ejemplo de ello. Enseñaban que las *flagelaciones* tenían la misma virtud que el bautismo y demás sacramentos; que se obtenía por ellas la remisión de los pecados sin el auxilio de los méritos de Jesucristo; que la ley que había dado debía abolirse bien pronto, y sustituirla otra nueva que añadía el bautismo de sangre, sin el que no se podía salvar ningun cristiano. Por último, ocasionaron sediciones, asesinatos, saqueos. Clemente VII condenó esta secta; los inquisidores entregaron al suplicio algunos de estos fanáticos; los príncipes de Alemania se unieron á los obispos para exterminarlos; Gerson escribió contra ellos, y el rey Felipe de Valois impidió que penetrasen en Francia.

A principios del siglo xv hácia el año 1414, se vieron renacer en Misnia, en la Turingia y en la Baja Sajonia, *flagelantes* aferrados en los mismos errores que sus predecesores. Desechaban no solo los sacramentos, sino tambien todas las prácticas del culto exterior; fundaban todas las esperanzas de su salvacion en la fé y en la *flagelacion*; decían que para salvarse bastaba creer lo que está contenido en el simbolo de los apóstoles, recitar muchas veces la oracion dominical y la salutación angélica, y azotarse de cuando en cuando para expiar los pecados cometidos. *Mosheim, Hist. ecles. del siglo xv, 2.ª p., c. 5, § 5.* La inquisicion encareció un gran número de ellos; fueron castigados cerca de ciento, para intimidar á los que estuviesen tentados de imitarlos y de renovar los antiguos desórdenes.

En Italia, en España y Alemania, hay todavia cofradías de penitentes que usan las flagelaciones; pero no tienen nada de comun con los *flagelantes* fanáticos de que acabamos de hablar. Cuando esta práctica de penitencia se halla inspirada por un sincero pesar de haber pecado, y por el deseo de calmar la Justicia divina, sin duda que es laudable; pero cuando se verifica públicamente, es peligroso y degenera en mero espectáculo, que en nada contribuye á la correccion de las costumbres. Como hay otros medios de mortificarse, tales como la abstinencia, el ayuno, la privacion de los placeres, las vigiliás, el trabajo, el silencio, el cilicio, parecen preferibles á las flagelaciones.

El padre Gretser, jesuita, había tomado la defensa de aquellos en un libro titulado: *De spontanea disciplinarum seu flagellorum cruce*, impreso en Colonia en 1660. En 1700,

el abate Boileau, doctor de la Sorbona y canónigo de la santa capilla de París, los combatió; mas su *Historia de los flagelantes* escandalizó al público con sus relaciones é indecentes reflexiones.

M. Thiers criticó esta historia con poco éxito; su refutación es débil y enojosa. (*Bergier.*)

ATOCIANOS.

Estos herejes del siglo XIII creían que el alma moría con el cuerpo y que todos los pecados eran iguales. Lograron hacer muy pocos prosélitos, pues nunca los han hecho en gran número los que han pretendido que el hombre como la bestia acaba en el sepulcro. ¡Tan arraigada ha estado siempre la idea de la inmortalidad del alma! Los atocianos desaparecieron pues en muy breve tiempo.

PASTORES.

Fué una secta de fanáticos, formada á mitad del siglo XIII por un tal Jacob Hongrois, monje apóstata. En su juventud, fué uno de los que más trabajaron para formar la cruzada de niños de Francia y Alemania, la mayor parte de los cuales perecieron de hambre y de fatigas.

En 1250 san Luis fué hecho prisionero por los sarracenos, y Jacob, bajo una pretendida revelación, predicó que los pastores eran los destinados del cielo para librar al santo

monarca. Los pastores le creyeron, le siguieron en tropel y se cruzaron tomando el nombre de *pastores*. A esta cruzada se unieron multitud de vagamundos, ladrones, excomulgados y toda suerte de bribones. No se opuso á la formación de aquella cruzada la reina Blanca que gobernaba el reino durante la ausencia de su hijo; empero, así que supo que predicaban contra el papa, contra el clero y contra la fé, que cometían toda clase de robos y pillajes, determinó exterminarlos sin pérdida de tiempo. Cuando se supo la clase de gente que era, fueron muy perseguidos. Un cortador ó carnicero mató á Jacob de un hachazo en el momento que predicaba, y todos ellos fueron mirados como bestias feroces. La secta fué exterminada. Más tarde en 1320 apareció de nuevo, bajo el pretexto de ir á la conquista de la Tierra Santa, empero cometieron iguales desórdenes y fueron exterminados de la misma manera que los primeros.

APOSTÓLICOS.

Nombre que tomaron dos sectas diferentes con el pretexto de que imitaban las costumbres y práctica de los apóstoles.

Los primeros *apostólicos*, llamados también *apocátitos*, trajeron su origen de los encratitas ó los cátaros en el siglo tercero; profesaban la abstinencia del matrimonio, del vino, de la carne, etc.

La otra secta de los *apostólicos* hizo mucho ruido el siglo trece: fué su fundador Gerardo Sagarelli ó Segarel, natural

de Parma. Exigia de sus discípulos, á imitacion de los apóstoles, fuesen de ciudad en ciudad vestidos de blanco, con una barba larga, los cabellos esparcidos y la cabeza desnuda, acompañados de ciertas mujeres que llamaban sus hermanas. Les obligaban á renunciar á toda propiedad y á predicar la penitencia; pero en sus reuniones particulares anunciaban la destruccion próxima de la Iglesia de Roma, el establecimiento de un culto más puro y de una iglesia más gloriosa. Esta iglesia, segun él, era su secta que denominaba la *congregacion espiritual*. Publicó que toda la autoridad que Jesucristo habia dado á san Pedro y á sus sucesores habia concluido, y que él la habia heredado; que así el soberano pontífice no tenia ninguna autoridad sobre él: añadía que las mujeres podian dejar á sus maridos, y los maridos á sus mujeres para entrar en su congregacion, que era el único medio de salvarse; que estando en todas partes Dios, no habia necesidad de iglesia ni de servicio divino; que no era necesario hacer votos, y que la adhesion á su doctrina santificaba las acciones más criminales. Fácilmente se conocen los desórdenes que podian resultar de esta doctrina fanática. Segarel fué quemado vivo en Parma el año 1300. Por causa suya algunos autores han designado á los *apostólicos* con el nombre de *segarelianós*.

Despues de su muerte otro fanático de Novara llamado *Dulcino*, ó *Ducino*, ocupó su lugar; se alababa de haber sido enviado del cielo para anunciar á los hombres el reinado de la caridad; se dice que se entregaba á la impudicia, y que la permitia á sus sectarios: la moral practicada por Segarel debia necesariamente producir este efecto. Entonces los

apostólicos fueron llamados *dulcinistas* por el nombre de su nuevo jefe, que miraban como el fundador del tercer reinado. Seducidos por las pretendidas profecias del abad Joaquin que corrian por entonces, decian que el reinado del Padre habia durado desde el principio del mundo hasta Jesucristo; que el del Hijo habia concluido el año 1300; que el del Espíritu Santo empezaba bajo la direccion de Ducino. Este publicó que el papa Bonifacio VIII, los sacerdotes y los frailes perecerian al filo de la espada del emperador Federico III, hijo de Pedro, rey de Aragon, y que un nuevo pontífice más piadoso seria colocado en la silla de Roma. Levantó tambien un ejército, á fin de empezar á verificar él mismo sus predicciones. Reynier, obispo de Verceil, se opuso vivamente á este sectario, y durante una guerra de más de dos años se derramó mucha sangre por una y otra parte. Ultimamente, vencido y hecho prisionero Ducino en una batalla, fué muerto en Verceil el año 1307 con una mujer llamada *Margarita*, que habia tomado por hermana espiritual.

Desde aquel momento desapareció su secta en Italia. Se presume que sus restos se reunieron á los valdenses en los valles del Piamonte, pero tambien se hallaron algunos en Francia y en Alemania. Mosheim asegura que el año 1402 uno de estos fanáticos fué quemado vivo en Lubeck. *Hist. ecles. del siglo xiii, 2.^a parte, c. 5, § 14, nota*. Cuando los protestantes declaman contra los suplicios que hicieron padecer á estos sectarios, deberian tener presente que no fueron castigados por sus errores, sino porque alteraban la tranquilidad pública y el orden de la sociedad. Un error

inocente que no puede perjudicar á nadie sin duda es perdonable; pero una doctrina sediciosa que enardece los espíritus, corrompe las costumbres, alarma á los gobiernos, y es seguida de una conmocion del pueblo, es un crimen de estado; hay un derecho para castigar á sus autores y sectarios pertinaces.

No es de extrañar que los historiadores no hayan referido de un modo uniforme los errores y la conducta de los *apostólicos*. En una secta de fanáticos ignorantes no puede ser una misma la creencia; cada uno tiene derecho para soñar y publicar sus visiones: algunos pueden tener costumbres puras, al paso que otros se entregan á los mayores desórdenes. Lo mismo ha sucedido en todos tiempos y en toda clase de sectarios.

Mosheim nos dice tambien que entre los mennonitas ó anabaptistas de Holanda existe una rama que se denomina *apostólicos*, del nombre de *Samuel Apóstol*, uno de sus pastores. Son unos mennonitas rígidos, que no admiten en su comunión sino aquellos que hacen profesion de creer todos los puntos de doctrina contenidos en su confesion de fé pública; en vez de que otra rama denominada de los *galenistas* recibe á todos aquellos que reconocen el origen divino del Antiguo y Nuevo Testamento, cualesquiera que sean por otra parte sus opiniones particulares. *Hist. ecles. del siglo xvii, sect. 2.ª, 2.ª parte, c. IV, § 7. (Bergier.)*

FRATICELLOS.

Algunos hermanos menores obtuvieron del papa Celestino V el permiso de vivir en ermitas y de practicar á la letra la regla de san Francisco. Algunos de estos religiosos, pretextando el desco de llevar una vida más retirada y más perfecta, abandonaron sus conventos, siendo imitados por algunos legos que les siguieron, ganosos de llegar á una perfeccion extraordinaria, por lo cual se reunieron. Llamáronse hermanos y los seglares fraticellos.

Estos monjes, separados de sus conventos, vivian sin regla, sin sujecion á jefe alguno, y hacian consistir toda la perfeccion cristiana en una absoluta renuncia de toda propiedad, porque la pobreza forma el carácter principal de la regla de san Francisco, la cual profesaban los hermanos Macerota y otro franciscano que habian dado nacimiento á la secta.

Los fraticellos se paseaban ó cantaban, y para observar más escrupulosamente el voto de pobreza, no trabajaban jamás, por temor de que el trabajo les diese derecho á alguna cosa. Decian que era necesario orar sin cesar para no entrar en tentacion. Algunos les daban en rostro con su ociosidad, pero ellos contestaban con la mayor tranquilidad que la conciencia no les permitia trabajar por una manutencion que perece, y que el trabajo espiritual, único á que se dedicaban, consiste en cantar y en rezar.

A pesar de esta absoluta renuncia que hacian de todas

las cosas, es lo cierto que los fraticellos no carecían de nada. Así es que una multitud de artesanos de todos los oficios abandonaba el trabajo, y tomaba el hábito de los fraticellos. No era en la mayoría un deseo de perfección, sino de asegurar el sustento sin necesidad de trabajar. Íbanse, pues, reuniendo un gran número de vagamundos que, bajo la apariencia de religión, buscaban únicamente sus propias comodidades. Muchos religiosos, y entre ellos algunos franciscanos, malcontentos de su estado, entraban á engrosar las filas de los fraticellos, que lograron extenderse en la Toscana, la Calabria y otros puntos.

Enterado el papa Juan XXII de los abusos de estas asociaciones y de la absoluta carencia de espíritu religioso en ellas, las prohibió, y excomulgó á los que las componían.

Irritados los fraticellos por esta medida tomada por el Jefe supremo de la Iglesia, atacaron su autoridad, fundándose en el especioso pretexto de que la pobreza evangélica era la primera obligación del orden de san Francisco y del cristianismo.

No negaban la autoridad del papa, dice Pluquet; lo que únicamente pretendían era restringirla, y creían que sus excomuniones no podían perjudicarles: 1.º Porque habían sido aprobados por Celestino V, y que un papa no podía destruir lo que su predecesor había establecido. 2.º Porque la sociedad de ellos estaba autorizada en el Evangelio y que el papa no podía hacer nada que fuese contra el Evangelio. 3.º En fin, para terminar la cuestión, distinguían dos Iglesias: una era toda exterior, rica, poseedora de dominios y de dignidades. El papa y los obispos domi-

naban en esta Iglesia y podían arrojar de ella á los que excomulgaban. Empero había otra Iglesia enteramente espiritual, que no tenía otro apoyo que su pobreza, ni otras riquezas que sus virtudes: Jesucristo era el Jefe de esta Iglesia, y los fraticellos sus miembros. El papa no tenía sobre esta Iglesia ningún imperio, ninguna autoridad, y su excomunión no tenía la menor fuerza para excluir de ella á ninguno de sus miembros.

De estos absurdos principios concluyeron que fuera de su Iglesia no había sacramentos, que los ministros pecadores no podían conferirselos, y enseñando este principio fundamental de su cisma, renovaron diferentes errores de los donatistas, los albigenses y otros sectas.

Extendieron por toda la Italia para predicar sus errores y separar á los fieles de la obediencia al soberano pontífice.

Juan XXII escribió á todos los príncipes á fin de que persiguieran la secta, y encargó á los inquisidores que les juzgasen con el mayor rigor.

Los sectarios, continuando en sus propósitos de combatir la autoridad pontificia, empezaron á sostener que el papa no era más sucesor de los apóstoles que los demás obispos; que no tenía ningún poder en los Estados de los príncipes cristianos y que no tenía ningún poder coactivo.

El concurso de todos estos artificios sostuvo por algún tiempo á los fraticellos contra la autoridad del papa: sin embargo fueron quemados muchos, y ellos procuraron reparar estas pérdidas con nuevos prosélitos. En fin, no teniendo ni iglesias ni ministros, ellos pretendían que los

fratricellos tenían todo el poder de absolver y de consagrar, y que era inútil rogar en las iglesias consagradas.

Grandes fueron los esfuerzos que se hicieron para concluir con los fraticellos, no siendo los franciscanos los que ménos trabajaron para conseguir aquel objeto. La secta, despues de haber resistido por mucho tiempo los ataques del papa, al fin se disipó, y sus restos pasaron á Alemania y subsistieron alli bajo la proteccion de Luis de Baviera, que aborrecia á Juan XXII, y ella se confundió con los béguardos.

El nombre de fraticellos se dió indistintamente á esa multitud de sectas que inundaron la Europa en el siglo décimotercero y principios del siguiente. Estos sectarios cayeron en los desórdenes más horribles: pretendian que ni Jesucristo ni los apóstoles habian observado continencia, y que tenían sus propias mujeres ó las de otros. Entre ellos habia quienes sostuviesen que el adulterio y el incesto no eran crímenes si se cometian dentro de la secta (1).

Tal es, concluye Pluquet, que nos ha suministrado las noticias que quedan consignadas, el cuadro que nos ofrece un siglo ignorante precedido de siglos aun más ignorantes todavía, y durante los cuales no se economizó ni la sangre ni el hierro. La Europa cristiana estaba llena de ejércitos de cruzados y de inquisidores, que habian destruido las herejías y que se hallaban aplicados á corregir los desórdenes que se atribuian á los católicos y en reformar las costumbres, que se miraba como un preservativo contra la seducción de los albigenes y demás herejes.

Verdaderamente no podia ser más laudable el cuadro que

(1) D'Argentré, Collect. jud.

presentaban los pueblos cristianos y muy especialmente la Francia, donde dominaban tantos errores, combatiéndose de mil maneras diferentes la fé salvadora. Si la Iglesia no hubiese desplegado tanto rigor contra los herejes, es bien seguro que seria muy diferente el aspecto que hoy presentaria la Europa. Bien lo conocen los mismos que declaman contra las medidas de rigor que la prudencia aconsejó tomar en aquella época.

ARISTOTÉLICOS.

Se da este nombre á los que bebieron en las fuentes de los principios y doctrina de Aristóteles algunos errores, que el obispo de Paris, Estéban Tempier, censuró el 7 de marzo de 1277. Las proposiciones censuradas por el prelado demuestran cuánto oscureciera la admirable luz que el Evangelio nos habia suministrado acerca de Dios, del alma, de la voluntad, del mundo, de la sabiduria y de la moral, la introduccion de los métodos paganos en la enseñanza cristiana. Estos errores contienen el gérmen, son el origen y la principal causa de todos los de los siglos subsiguientes, porque la sentencia de condenacion del obispo de Paris no tuvo por resultado el desterrar las obras de Aristóteles de la enseñanza pública y particular.

«Es útil, dice Bonneti, el recomendar á los que quieran conocer las causas y seguir la filiacion de los errores que han despedazado la Iglesia, el que estudien si en las proposiciones sobre *Dios, el alma y el entendimiento humano*,

no se encuentra ya envueltas las objeciones de los filósofos acerca de la Trinidad, la presencia de Dios y la espiritualidad del alma; en las proposiciones de Lutero y las sutilezas de los Jansenistas, sobre la gracia, la libertad y la predestinacion; en las proposiciones sobre el *mundo*, los errores de la astrología judiciaria, y la manía de conocer el porvenir por tantos medios ridiculos; por último en las proposiciones sobre la *filosofía* y la *teología*, las causas de la oposicion que ha creído ver, y que muchas personas creen todavía ver entre la naturaleza y la gracia, la razon y la fé, la ley natural y la ley revelada, la filosofía y la teología.

«Después de estas investigaciones será preciso examinar también, si no quedan en el día algunos restos de aquellos errores aristotélicos en nuestros libros de enseñanza elemental; porque hay que tener presente que la autoridad de Aristóteles ha sido repudiada en física, en medicina, en astronomía y en la mayor parte de las demás ciencias: no han quedado vestigios más que en la enseñanza de la filosofía.

«Creemos que sea más importante examinar esta cuestion, porque siempre que el error se encuentra en las inteligencias, en la enseñanza es en donde debe buscarse su causa.»

CONDORMIENTES.

Nombre de secta; ha habido dos llamadas así: los primeros infestaron la Alemania en el siglo XIII: tuvieron por jefe un hombre de Toledo. Se reunían en un lugar cerca de

Colonia; allí, se dice, adoraban una imagen de Lucifer, y recibían sus oráculos: pero este hecho no está suficientemente probado. Añade la leyenda que habiendo llevado allí un eclesiástico la Eucaristía, se rompió el idolo en mil pedazos: esto se parece mucho á las fábulas populares. Dormían en una misma habitacion sin distincion de sexo bajo pretexto de caridad.

Los otros, que aparecieron en el siglo XVI, eran una rama de los anabaptistas; caían en la misma indecencia que los precedentes y bajo el mismo pretexto. No es la primera vez que esta torpeza se ha visto en el mundo.

ARNALDO DE VILLANUEVA.

Fué llamado así del lugar de su nacimiento, ocurrido en el último tercio del siglo XIII, según la mayor parte de los escritores. Después de haber estudiado humanidades se dedicó á la química, y más adelante á la filosofía y á la medicina, haciendo grandes progresos, porque estaba adornado de claro talento y privilegiado ingenio.

Después de haber recorrido las escuelas de Francia pasó á España con el objeto de comprender los filósofos árabes. Más tarde pasó á Italia para conferenciar con algunos filósofos pitagóricos que gozaban de gran reputacion en aquel país. No satisfecho con estos viajes y con tantas conferencias con hombres célebres, formó el proyecto de pasar á Grecia para tener nuevas conferencias con los sabios que tanta fama gozaban en aquel país: empero las guerras que

lo desolaban le impidieron realizar su proyecto. Así, pues, se retiró á París, dedicándose á la práctica de la medicina, en la que adquirió una gran reputacion.

Tal vez esa misma fama y el nombre que habia adquirido le hincharon, haciendo nacer en él la vanidad y la soberbia. El caso es que llegó á creerse capaz para todo, y cayó en muchos errores. Hé aqui las proposiciones que sostenia :

1.º La naturaleza humana en Jesucristo es en todo igual á la Divinidad.

2.º El alma de Jesucristo, despues de su union, supo todo lo que sabia la Divinidad.

3.º El demonio ha pervertido á todo el género humano, y ha hecho perecer la fé.

4.º Los monjes corrompen la doctrina de Jesucristo ; no tienen caridad, y se condenan todos.

5.º El estudio de la filosofia debe ser desterrado de las escuelas, y los teólogos obran muy mal sirviéndose de ella.

6.º La revelacion hecha á Cirilo es más preciosa que la Escritura Santa.

7.º Las obras de misericordia son más agradables á Dios que el sacrificio del altar.

8.º Las fundaciones de beneficios son inútiles.

9.º Todos los que fundan capillas ó misas perpétuas incurrén en condenacion eterna.

10. El sacerdote que ofrece el sacrificio del altar y el que lo hace ofrecer, no ofrecen nada de ellos á Dios.

11. La pasion de Jesucristo es mejor representada por las limosnas que por el sacrificio del altar.

12. Dios no es alabado por obras en el sacrificio de la misa, sino solo por palabras.

13. No hay en las constituciones de los papas otra cosa que obras de hombre.

14. Dios no ha podido amenazar con la condenacion eterna á los que pecan, sino tan solo á aquellos que dan mal ejemplo.

15. El mundo acabará en 1335.

Todas estas proposiciones están entresacadas de diversos libros compuestos por Arnaldo de Villanueva. Tales son el titulado : *De la humanidad y de la paciencia de Jesucristo*, y el libro : *Del fin del mundo, de la caridad, etc.*

Las quince proposiciones que hemos citado fueron condenadas en un concilio de Tarragona, despues de su muerte, porque tenia algunos sectarios en España. No es cierto que Arnaldo fuese del número de los que á duras penas se libraron de las manos del verdugo, como dice Moshelm. Murió en el buque que le conducia á Italia, donde habia sido llamado para tratar con el papa Clemente V, y fué enterrado en Génova en 1313.

ARNALDO DE MONTANIER.

Nació en Puigcerdá, en Cataluña, y enseñó que Jesucristo y los apóstoles no tenían nada en propiedad ni en comun; que ninguno de los que vestian el hábito de san Francisco podia condenarse ; que san Francisco descendia todos los años al purgatorio y sacaba de él á todos los que habian

pertenecido á su órden y los llevaba al cielo; y en suma, que el órden de san Francisco duraria eternamente.

Fué citado delante del tribunal de la Inquisicion, y se retractó de todo lo que antes habia afirmado; empero esta retractacion no fué sincera y publicó nuevamente los desvarios de su imaginacion. Fué preso en la diócesis de Urgel, cuyo obispo, que era Eymerich, le condenó á una prision perpétua.

AMAURI.

Era Amauri un eclesiástico de la diócesis de Chartres, que hizo sus estudios en Paris en los postreros años del siglo xn, y habiendo hecho grandes progresos en el estudio de la filosofia, la enseñó con bastante reputacion y crédito al principio del siglo xiii. Se habia dedicado especialmente á una de las partes de la filosofia, la lógica. Llevó á Francia los libros de Aristóteles, y todos los filósofos árabes los habian tomado por guia en el estudio de la lógica.

Del estudio de la lógica de Aristóteles pasó Amauri al de su metafísica y su física. Para hacer investigaciones sobre la naturaleza y el origen del mundo, siguió á este filósofo, que seguramente no podía tomarse como un guia infalible.

Aristóteles en sus libros de metafísica examina las opiniones de todos los filósofos que le precedieron y los refuta por creerlos insuficientes. El refutó á Pitágoras que mira los séres simples ó inextensos como los elementos de los cuer-

pos; Demócrito, que cree que todo está compuesto de átomos; Thales, que lo saca todo del agua; Anaximandro, que cree que el infinito es el principio y la causa de todos los séres.

Despues de haber refutado todos esta opinion, Aristóteles supone que todos los séres salen de una materia extensa, pero que no tiene forma ni figura, y á la que él llama materia prima.

Esta materia prima existe por sí misma; el movimiento que la agita es necesario como ella, y aunque Aristóteles reconoce que los espíritus son séres inmateriales, sin embargo, alguna vez parece suponer que los espíritus salen de la materia.

Su discípulo Straton, reprochando estas diferentes opiniones de Aristóteles, habia creído que la materia primera era suficiente para dar razon de la existencia de todos los séres, y que suponiendo el movimiento unido á la materia primera, se encuentra en ella la causa y el principio de todas las cosas.

Mucho tiempo despues de Straton los filósofos árabes que habian comentado á Aristóteles le habian atribuido esta opinion, que habia pasado á Occidente con los libros de los árabes.

Martin el Polonés refiere que Juan Scot habia adoptado esta opinion, y que habia enseñado que no habia en el mundo más que la materia primera, que era todo, y á la que él daba el nombre de Dios (1).

(1) Nicolaus Trinct. in suo Chronico, t. VIII. Spicileg., p. 550. D'Argenté, Collect. Jud., t. I, p. 128.

Sea que Amauri hubiese considerado el sistema de Aristóteles bajo este concepto, sea que no hiciese otra cosa que adoptar el sistema de Straton, sea que siguiese á los comentaradores árabes y á Scot, él creyó en efecto que Dios no era diferente de la materia primera.

Después de haber enseñado la lógica con mucha reputación, Amauri se entregó al estudio de la Escritura Santa, y se propuso explicarla. Como tenía arraigadas las opiniones filosóficas las buscó en la Escritura, y creyó encontrarlas. En la narración de Moisés creyó ver la materia primera, el caos, y pensó que esta primera materia era la causa productora de todos los seres, de la manera que Moisés lo refiere.

Toda la religión se ofreció á los ojos de Amauri como el desenvolvimiento de los fenómenos que debían presentar el movimiento y la materia prima.

Bajo esta base formó su sistema de la religión cristiana.

La materia primera pudo, por sus diferentes formas, producir seres particulares, y Amauri reconocía en la materia primera, que él llamaba Dios, porque era ser necesario é infinito, un Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, á quienes atribuía el imperio del mundo, y que él miraba como objeto de la religión.

Empero, como la materia primera estuviese en un movimiento continuo y necesario, la religión y el mundo debían concluir, y todos los seres debían entrar en el seno de la materia primera, que era el ser de los seres, el primer ser, solo indestructible.

La religión, según Amauri, tenía tres épocas, que venían á ser como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

El reinado del Padre había durado todo el tiempo de la ley mosaica.

El del Hijo, ó la religión cristiana, no debía durar siempre: las ceremonias y los sacramentos que, según Amauri, hacían su esencia, no serían eternos.

Debía venir un tiempo en que los sacramentos cesarian, y entonces empezaría el reinado del Espíritu Santo, en el que los hombres no tendrían necesidad de sacramentos, y ofrecerían al Sér Supremo un culto puramente espiritual.

Esta época formaría el reinado del Espíritu Santo, reinado anunciado, según Amauri, en la Escritura, y que debía suceder á la religión cristiana, así como esta había sucedido á la mosaica.

La religión cristiana era, pues, el reinado de Jesucristo en el mundo, y todos los hombres bajo esta ley debían ser mirados como miembros de Jesucristo.

La Universidad de París se sublevó contra la doctrina de Amauri. Este la defendió, y parece que su fundamento principal estaba basado en este sofisma de lógica:

La materia primera es un ser simple, porque no tiene ni calidad ni cantidad, ni nada de lo que puede determinar un ser; así, pues, lo que no tiene calidad ni cantidad es un ser simple, luego lo es la materia primera.

Enseñan la religión y la teología que Dios es un ser simple; así es que no puede concebirse diferencia entre seres simples, pues que lo que diferencia á los seres es que unos tienen partes ó calidades de que carecen los otros, que si las tuviesen no serían simples.

Si no hay diferencia ninguna entre la materia primera y

Dios, aquella es Dios; y de este principio Amauri sacó su sistema de religion, como hemos visto.

Amauri fué condenado por la Universidad, y apeló al papa, el cual confirmó el juicio de aquel cuerpo científico. Entonces Amauri se retractó, se retiró á San Martín del Campo, y murió allí de tristeza y de despecho.

Hemos traducido á Pluquet, único autor en que hemos encontrado estos detalles.

DAVID DE DINANT.

Fué éste discipulo de Amauri, cuyos principios adoptó y escribió para justificarlos.

Existían en Francia restos de los cátaros ó de los maniqueos venidos de Italia, los cuales atacaban la autoridad de los ministros de la Iglesia, las ceremonias y los sacramentos: negaban la resurreccion, la distincion del vicio y de la virtud, etc. Creían encontrar en el sistema de Amauri pruebas de sus opiniones, y le adoptaron: pretendían que Dios Padre habia encarnado en Abraham, Dios Hijo en Jesucristo: que el reino de Jesucristo habia pasado, y que por consecuencia los sacramentos no tenían virtud, ni los ministros jurisdiccion ni autoridad legítima, porque el reino del Espíritu Santo habia llegado, y la religion debia ser toda interior.

De aquí sacaron en consecuencia estos sectarios que todas las acciones corporales son indiferentes. Los sectarios, que casi siempre son hombres ardientes, impetuosos y apasiona-

dos, no dejan nunca de sacar consecuencias de principios como los de Amauri, para entregarse sin escrúpulos á todos los placeres. Estos restos de los cátaros se entregaron á toda clase de desórdenes, bajo el pretexto de que el reinado del Espíritu Santo habia llegado, que las acciones corporales eran indiferentes, y que por consecuencia la ley que han prescrito otros no tiene fuerza ni obliga á nadie: cayeron, pues, en los más grandes excesos, y fueron una secta que al principio fué secreta, y que despues fué descubierta por falsos prosélitos.

Un platero llamado Guillermo era el jefe de esta secta: se decia enviado de Dios, y profetizó que antes de cinco años el mundo experimentaria cuatro adversidades ó plagas: de hambre sobre el pueblo, de guerra sobre los príncipes, de temblores de tierra que destruirian las ciudades, y de fuego sobre los prelados de la Iglesia. Llamaba al papa el anticristo y á todos los eclesiásticos miembros del anticristo.

Tambien predijo que el rey Felipe Augusto y su hijo reinarian en breve sobre todas las naciones bajo la obediencia del Espíritu Santo.

Catorce de estos sectarios fueron presos y conducidos al concilio que se celebraba entonces en París, donde se les instruyó, pero ellos perseveraron en sus errores. Diez fueron quemados en diciembre de 1210.

El mismo concilio condenó la memoria de Amauri, cuyos restos fueron exhumados y quemados. Condenó tambien los libros de la metafísica y de la física de Aristóteles, que se miraban como el origen de los errores de Amauri: se quemaron las obras de David de Dinant.

Esta secta no era otra cosa que una turba de fanáticos revoltosos y desordenados. No tenían ningun principio honrado, y no se les podia mirar por lo tanto como defensores de la religion. Se les vió morir sin que nadie se interesase por ellos, y la secta terminó (1).

Tales son las noticias que de estos sectarios nos suministra el *Diccionario de las herejias*.

SEGAREL.

Jorge Segarel, ó Sagarel, era un hombre de muy humilde nacimiento, que no tenia conocimiento alguno de las letras. Quiso ser religioso de san Francisco, y como no hubiese sido admitido, se mandó hacer un hábito semejante á aquel con que en los cuadros se representa á los apóstoles. Vendió una pequeña finca que constituia toda su fortuna, y distribuyó su precio no á los pobres, sino á una turba de haraganes y vagamundos.

Se propuso vivir como san Francisco, é imitar á Jesucristo, y para aventajar á san Francisco en la imitacion del Señor, se hizo circuncidar, se colocó en una cuna y se hizo amamantar por una mujer.

La canalla rodeó á aquel jefe digno de ella, y formó una sociedad que tomó el nombre de apostólicos.

Eran unos mendicantes vagamundos que pretendian que todo era comun incluso las mujeres. Decian que Dios Padre habia gobernado el mundo con severidad y justicia; que la

(1) D'Argentré, Collect. Jud., t. I.

gracia y la sabiduria habian caracterizado el reinado de Jesucristo; empero que el reinado de Jesucristo habia pasado y le habia sucedido el del Espiritu Santo, que es un reinado de amor y de caridad: bajo este reinado la caridad es la sola ley, pero una ley que obliga indispensablemente y que no admite la menor excepcion.

Así, segun Segarel, no puede rehusarse nada de lo que se pide por caridad. A esta sola palabra los sectarios de Segarel daban todo cuanto poseian excepto sus mujeres, por más que como hemos dicho enseñasen que aquellas eran comunes.

Segarel hizo muchos discipulos: la Inquisicion le hizo prender y le quemó; pero su secta no concluyó por entonces. Dulcino, su discípulo, se puso al frente de ella.

DULCINISTAS.

Dulcin nació en Novara, Lombardia, y fué discípulo de Segarel cuyos errores siguió, viniendo á ser jefe de su secta que tomó el nombre de *Apostólicos*. Segun él, la ley del Padre que era de rigor y severidad habia durado hasta Moisés: la del Hijo habia sido la ley de gracia; y en fin, la del Espiritu Santo, ley de caridad y de amor, comenzó con el año 1307 para no terminar sino con el mundo. Siguiendo la enseñanza de Segarel todo era comun entre los dalcinistas, hasta las mujeres. El papa y todos los ministros de la Iglesia estaban depuestos de su poder, despues que este habia pasado por transmision á la secta.